

# LOS CAÑONES DEL NIZAM

ALLAN MALLINSON

# LOS CAÑONES DEL NIZAM

Traducción de Gemma Moral



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.com](http://www.edhasa.com)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Nizam's Daughter*

Diseño de la sobrecubierta: Enrique Iborra

Primera edición: febrero de 2009

© Allan Mallinson, 2000

© de la traducción: Gema Moral Bartolomé,  
cedida por Random House Mondadori, S.A.

© de la presente edición: Edhasa, 2009

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-6184-1

Impreso en Brosmac

Depósito legal: M-53.264-2008

Impreso en España

*Este libro está dedicado, con admiración, a la menguante pero gallarda banda de miembros de la Asociación de Oficiales de la Caballería India, que realmente se preocuparon por la India y sus soldados.*

## NOTA DEL AUTOR

*Los cañones del nizam* es una obra de ficción. El estado de Chintal no ha existido nunca. Sin embargo, la novela se basa en los hechos que acaecieron tras la batalla de Waterloo y que condujeron a la tercera guerra de los maratha, y sostengo que Chintal (incluso con su peculiar rajá) es representativo de los numerosos estados principescos de menor importancia, cuya precaria existencia dependió cada vez más de la honorable Compañía de las Indias Orientales. Hubo estados en los que jóvenes ingleses como Hervey, ya fueran soldados, administradores o tutores de la casa real, tuvieron a menudo una influencia desproporcionada.

Son tantos los sucesos de este libro que están basados en hechos reales que debo hacer un par de puntualizaciones por si alguien los considera improbables. La mayor parte de las hazañas bélicas de Matthew Hervey las llevó a cabo el legendario Rollo Gillespie unos diez años antes –Gillespie, conocido en su época como «el hombre más valiente de la India», murió dirigiendo el ataque contra los fuertes de Kallunga en la guerra nepalí de 1815–, mientras que otras pertenecen a uno de los antepasados de un oficial sij del ejército de la India, cuya ayuda agradeceré más adelante. La huida de Hervey con el jabalí está tomada en casi todos sus detalles de la extraordinaria historia de un hombre que aún vive, el teniente coronel David Garforth-Bles, que perteneció a la caballería de exploradores, y fue él mismo quien me la

relató.\* Como es típico entre los hombres que fueron oficiales en la caballería de la India, no se concedió importancia al incidente, salvo por su lado cómico.

A continuación enumeraré las fuentes escritas a las que he acudido y señalaré posibles lecturas. En primer lugar, los libros de historia. Aun a riesgo de ofender a los eruditos del momento, recurrí a dos obras antiguas, pues me pareció que obtendría de ellas una representación más fidedigna de los hombres del subcontinente en aquella época. El compendio de J. C. Marshman *History of India* (1873) me dio una visión panorámica, y los detalles proceden del tercer volumen de la obra de H. H. Wilson *History of British India*, de Mill (1846). Los datos topográficos y climáticos de la época los extraje principalmente del trabajo del coronel sir Thomas Holdich, que fue durante un tiempo superintendente adjunto del Servicio Topográfico de la India. Su obra, en verdad admirable, *India* (1906), publicada en la colección de la editorial Henry Frowde «Regions of the World», reúne las observaciones de numerosos eruditos del siglo anterior. *Journal of a Residence in India* (1812), de Maria Graham, y *Narrative of a Journey through the Upper Provinces of India* (1828), del obispo Reginald Heber, han sido de gran ayuda para obtener una visión humana, al igual que el libro de Bruce Palling, *A Literary Companion to India* (1992, John Murray), muy recomendable, y el de Sinharaja Tammita-Delgoda, *Traveller's History of India* (1994, Windrush Press), realmente ameno.

Además de usar con profusión las historias de los diversos regimientos, he adaptado algunas de las deliciosas

\* El hoy ya fallecido teniente coronel George David Garforth-Bles (1909-2006) es co-autor de *Now or Never* (1946), donde relata las experiencias en la campaña de Burma. (*N. del E.*)

*Vignettes from Indian Wars* (1933, Sampson Low), del teniente general sir George MacMunn, y muchos detalles sobre la caza y la historia natural los he obtenido de la obra del comandante A. E. Wardrop, *Modern Pig-Sticking* (1914, Macmillan), en especial el incidente del «elefante atascado». Quienes no tengan vocación sanguinaria no deben amilanarse por el título, pues el libro en cuestión no es sino una evocación de la India rural que no tiene parangón.

En cuanto a la actitud inglesa con respecto a la India en aquella época, he consultado las obras de referencia habituales. Sin embargo, los aspectos militares requerían una atención especial. Al parecer, los militares eran reacios a expresar sus sentimientos por escrito durante las campañas. Por ejemplo, las numerosas cartas que el duque de Wellington escribió cuando mandaba su regimiento refieren casi de forma exclusiva episodios de la campaña y conjeturas políticas –a este respecto quisiera reconocer la enorme deuda que tengo con la obra de Anthony Bennell, cuyos libros, *The Maratha War Papers of Sir Arthur Wellesley* (1999, Sutton) y *The Making of Arthur Wellesley* (1998, Orient Longman), recomiendo como lectura complementaria, pues sitúan los hechos en el ámbito militar. No obstante, en lo que concierne a las actitudes subjetivas, existe una obra que es para mí una especie de piedra de Rosetta; me refiero al extraordinario libro de Francis Yeats-Brown, *Bengal Lancer*, de 1930. Yeats-Brown ingresó en la caballería india a principios del siglo xx; sus experiencias, por tanto, eran más cercanas en el tiempo a las de Matthew Hervey de lo que pueden ser para el lector moderno. Su imparcialidad es, en mi opinión, extraordinaria para su época, y aunque el gran motín de 1856 alteró en buena medida el estado de cosas bajo la administración de la Compañía, creo que Yeats-Brown es un buen ejemplo del oficial inteligente y sensible

del primer período. Los lectores que conozcan esta obra reconocerán el origen de algunas de las imágenes, tensiones y anécdotas de mi historia.

Además de *Bengal Lancer*, tengo el privilegio de conocer –desde hace veinte años– al teniente coronel Douglas Gray, del regimiento Skinner. Este regimiento, que en la época de Hervey pertenecía a la caballería irregular pero luego se incorporó a los lanceros bengalíes, tenía (tiene todavía) una aureola de romanticismo y eficacia. Douglas Grey –único ganador que aún vive de la legendaria Copa Kadir, el distintivo azul de la caza del jabalí– también conoció a Yeats-Brown, y durante las muchas horas que he pasado escuchándole hablar sobre la India he llegado a la conclusión de que soldados y caballos, junto con el calor y el polvo del subcontinente, forman parte del imaginario romántico (aunque espero no haber olvidado el aspecto más realista que tan bien supo retratar Kipling). Asimismo, he tenido el privilegio de oír a muchos de los contemporáneos del coronel Grey y de leer sus memorias, editadas de forma privada. De ahí surgió una imagen de la India de hace setenta años (más cercana, por consiguiente, a la época en que transcurre este libro que a la actualidad) sumamente coherente. Aun así, soy consciente de que son hombres forjados en un mundo muy diferente y, en consecuencia, es preciso olvidar toda idea de que uno pueda llegar a saber cómo se sentían en realidad. A lo único a que puedo aspirar es a saber qué pensaban y cómo actuaban. Este libro se lo dedico a esos oficiales con toda mi admiración.

Existe, claro está, la otra cara de la moneda, por así decirlo, la del soldado nativo. He tenido la gran suerte de pasar mucho tiempo en compañía del coronel (ahora comandante general) T. P. S. Brar, un oficial sij de la infantería ligera maratha, así como con el coronel M. S.



Mhaisalkar, un maratha del regimiento sij. El difunto padre del coronel Brar, a quien yo conocía y reverenciaba, fue uno de los primeros cadetes nativos de Sandhurst en la década de 1920, y el primer oficial nativo en mandar un regimiento de infantería durante la Segunda Guerra Mundial. La casta Brar es la más ilustre de las castas militares, y tanto el padre como el hijo me hablaron siempre con total libertad y franqueza, además de permitirme consultar los distinguidos archivos familiares de Chandigarh en los que está basada la escena de la batalla de este libro. Asimismo, el coronel Mhaisalkar, un brahmán, aportó el punto de vista de la India Central, y su esposa –licenciada de Nagpore– me ayudó mucho a hallar lo que puede considerarse una voz femenina hindú auténtica, a lo que sin duda contribuyó el hecho de que su madre sea una profesora universitaria retirada que impartió clases de historia de la India.

Por último, quiero expresar mi más sincera gratitud a cuantos me han ayudado a utilizar todo este material. Simon Thorogood, mi corrector de Bantam Press, ha sido siempre paciente y cordial, pero sin dejar de lado su infalible instinto. Y, como siempre, estoy sumamente agradecido a hijas de soldados. Maggie Phillips, mi agente de Ed Victor Limited, mostró toda su firmeza con el primer borrador; Ursula Mackenzie, mi editora de Bantam Press, me ha apoyado en todo momento, y mi esposa, al igual que en el primer libro, me ha ayudado con los detalles técnicos referidos a los caballos. «El bello sexo es siempre gentil con el soldado.»\*

\* Cita de la versión de Alexander Pope de la *Odisea* de Homero (libro XIV, v. 246). (N. del E.)

## SOBRE EL PROYECTO DE LEY PARA LAS INDIAS ORIENTALES

¿Cuál es el fin de todo gobierno? Sin duda, la felicidad de los gobernados. Es posible que otros tengan opiniones distintas, pero ésta es la mía, y así lo declaro. ¿Qué debemos pensar de un gobierno que cree que su buena suerte deriva de las calamidades de sus súbditos y cuyo engrandecimiento nace de las miserias de la humanidad? Ésa es la clase de gobierno que se ejerce mediante la Compañía de las Indias Orientales sobre los nativos del Indostán, y el principal objetivo del proyecto de ley que se discute es la subversión de ese gobierno infame.

Charles James Fox,  
*Discurso en la Cámara de los Comunes,*  
*1 de diciembre de 1783*

## AL ABANDONAR LA INDIA

Sé que me admiran y respetan toda clase de personas, y que a cualquier otro oficial le será difícil sustituirme. También sé que mi presencia sería de utilidad para resolver muchos asuntos... Pero estas circunstancias no son temporales... es muy posible que durante los próximos siete años se prolongue el mismo estado de cosas que ahora hacen mi presencia deseable... He reflexionado sobre la posibilidad de que, dada la situación actual en la India, mi regreso a Inglaterra sea deseable. No es necesario dar ningún paso para explicar las causas del reciente aumento de militares de alto rango, ni esforzarse por rebatir ciertas ideas erróneas que sobre ese tema han circulado... Considero, por lo tanto, que al resolver embarcarme rumbo a Inglaterra a la primera oportunidad, en lugar de ir al Decán, no he prestado menor atención al interés público que a mis deseos y a mi conveniencia personal.

Comandante general sir Arthur Wellesley,  
*Carta a su hermano, el gobernador general,*  
*enero de 1805*

## SOBRE LA POLÍTICA DE NO INTERVENCIÓN EN LOS ASUNTOS DE LOS PODERES LOCALES

Ruego a los directores que piensen en si era conveniente mantener una estricta neutralidad en medio de tales desórdenes y atrocidades o, por el contrario, prestar atención a la voz de seres humanos que sufrían e intervenir para proteger a los estados débiles e indefensos que imploraron nuestra ayuda para combatir los desmanes de píndaros y patanes.<sup>1</sup>

Lord Minto,  
gobernador general de la India,  
*Discurso al Consejo de Administración  
de la honorable Compañía  
de las Indias Orientales, 1812*

1. Píndaros: mercenarios que realizaban incursiones en los territorios de la India bajo dominio británico durante el siglo XVIII. Patanes: ciudadanos de Patán (o Latitpur), en Nepal. (*N. de la T.*)

# I

## EL EDECÁN

*Embajada de Su Majestad británica  
en la corte de las Tullerías,  
París, 13 de agosto de 1815*

El capitán Matthew Hervey lucía su mejor uniforme. Era la segunda vez que se lo ponía. Ni siquiera estaba seguro de que debiera llevar el atuendo de gala, pues las órdenes que le instaban a presentarse en el cuartel general del duque de Wellington no detallaban tales menudencias. No obstante, para un oficial de caballería en su situación la vestimenta no era un asunto menor, de modo que había adoptado la máxima del regimiento según la cual ningún oficial de alto rango podía ofenderse por un exceso de adorno en el uniforme, aunque provocara su desconcierto. El flamante capitán del Sexto de dragones de la caballería ligera esperaba en una antecámara con la vaina de gala y el sable colgados del talabarte, y el sombrero de tres picos con borlas y plumas de avestruz bajo el brazo, no sin cierta aprensión. Sin embargo, no llevaba cordones. Había comprado un par en Londres al enterarse de que iba a ser ascendido y destinado al estado mayor del duque, pero aún no se atrevía a lucir aquellas codiciadas insignias de edecán. En realidad, seguía tan asombrado por su ascenso como

dos días atrás, al serle comunicado en el cuartel de la Guardia Real.

Un perro spaniel, viejo y maloliente, tapaba el umbral de la puerta de la antecámara, que estaba abierta. Dormía profundamente y emitía unos ronquidos uniformes. No se había inmutado cuando el cabo había conducido al nuevo edecán a la antecámara, hacía un cuarto de hora, pese a que ambos habían tenido que pasar por encima del animal para evitar que se les enredaran espuelas y gabán. Complacido de tener alguna distracción que le ayudara a disipar la inquietud mientras aguardaba en la silenciosa embajada, Hervey se dedicaba a calcular el intervalo y la duración de aquellos resoplidos que subían y bajaban de volumen sirviéndose del tictac del reloj que había sobre la chimenea: cinco segundos para la inspiración, tres de pausa y cuatro para la exhalación; había después cinco segundos en los que la vida parecía suspenderse, antes de que se repitiera la secuencia *da capo*. Iba ya por la docena cuando se dio cuenta de pronto de lo que estaba haciendo. Miró a ambos lados con preocupación por si lo había visto alguien y luego adoptó la actitud de máxima atención apropiada para un oficial a la espera de entrevistarse con el comandante en jefe de los ejércitos aliados en Francia.

Las campanas dominicales, que habían ahogado incluso el ruido de cascos sobre el empedrado al pasar su coche por la rue Fauburg-St.-Honoré, habían dejado de sonar hacía un buen rato, y pensó con alivio que, llegado el momento, oiría los comentarios del duque con absoluta claridad. Hervey no dudaba de la singularidad de su posición. Tenía la certeza de que en todo el ejército no había un solo suboficial que no le envidiara. Transcurrió otro cuarto de hora, y con cada minuto aumentaba su expectación por el honor de que iba a ser objeto. Poco des-

pués de las once y media el pequeño revuelo que se produjo en el vestíbulo le advirtió de que el duque había regresado de su paseo a caballo diario, pero no perturbó en absoluto al spaniel dormido. Hervey se puso inmediatamente en posición de firmes con todos sus sentidos alerta. En el umbral de la puerta apareció entonces el mariscal de campo, que le miró directamente. Hervey avanzó con presteza, se detuvo a tres pasos de él, puesto que el spaniel ocupaba ese espacio, y saludó con una enérgica inclinación de la cabeza. El duque no le devolvió el saludo ni le ofreció la mano.

–Capitán Hervey –dijo–, me alegro de que esté aquí. El coronel Grant le necesita. Llegará dentro de un momento. Será una misión muy difícil, pero no se la encomendaría si creyera que está por encima de sus posibilidades. Así pues, buenos días, señor.

Cuando el duque dio media vuelta, Hervey vio que a su lado había una mujer joven con traje de montar. Ésta lanzó una breve mirada por encima del hombro cuando el gran hombre le dirigió la palabra, y le dedicó una amplia sonrisa de adoración mientras se retiraban a los aposentos del duque. El spaniel despertó de repente y alzó la mirada hacia Hervey con expresión perpleja antes de soltar un largo resoplido. Hervey emitió un suspiro igualmente largo y sonrió. ¡Con qué brusquedad podía corroerse el lustre de unas insignias! ¡Y qué insignificante parecía la designación del edecán para el gran hombre! Sería «una misión muy difícil», no tenía la menor duda. Carecía de experiencia en las tareas del estado mayor y de la destreza de un cortesano, lo que parecía más necesario en aquel momento que cualquier otra habilidad militar. Sin embargo, sabía leer y escribir en francés y alemán, idiomas que además hablaba a la perfección. Si el duque confiaba en él, ¿por qué no habría de confiar él en sí mismo? En cualquier caso, hubo de esperar

menos de lo que preveía para descubrir hasta qué punto sería peliagudo su cometido, pues el sargento volvió para anunciarle que el coronel Grant lo recibiría de inmediato. Era la mejor noticia que podían darle, pensó Hervey con un suspiro, pues la entrevista que había mantenido con el jefe de información del duque un mes atrás no había sido demasiado cordial. De hecho, Grant se había mostrado decididamente displicente.

\* \* \*

El teniente coronel Colquhoun Grant, del Undécimo de infantería (North Devon), Grant el Bueno, como lo llamaban los guerrilleros españoles (para distinguirlo de Grant el Malo), era un oficial que llevaba más tiempo en activo tras las líneas enemigas que frente a ellas. No soportaba las formalidades, lo que sin duda había sido la causa de su aspereza durante el primer encuentro. Aquella mañana, sin embargo, su brusquedad no le impidió mostrarse cortés. Hervey hubiera aceptado con gusto una taza de café, pero la falta de hospitalidad no sería óbice para que respetara al hombre al que muchos consideraban el consejero de mayor confianza del duque.

–Siéntese, por favor, capitán Hervey –dijo Grant indicando la silla dorada más grande que aquél había visto en su vida, y que le llevó a pensar que no se había equivocado al elegir el uniforme de gala–. Le hablaré sin rodeos, señor. ¿Qué sabe usted sobre la India?

¿Qué podía contestar a semejante pregunta? Las noticias que había leído o habían llegado a sus oídos no diferían de las que pudiera conocer cualquier otro hombre en su misma situación, pero no creía que sirvieran al propósito del coronel Grant.



–Muy poco, señor. Clive y sus campañas, sobre todo – respondió con sinceridad, mientras se devanaba los sesos para adivinar qué interés podía tener el duque en la India.

–Sin duda estará usted al tanto de los servicios prestados por el duque en aquellas tierras, de su señalada victoria en la guerra contra los maratha<sup>1</sup> de hace una década.

–Sí, señor –repuso Hervey con una sonrisa; había leído los informes, sobre Assaye especialmente.

–Bien, el duque espera recibir el nombramiento de gobernador general de Calcuta cuando concluyan sus deberes en el Congreso de Viena.

Hervey no se sorprendió demasiado, pues el hermano mayor del duque había ocupado el mismo cargo durante la guerra contra los maratha.

–En efecto, capitán Hervey. El cambio radical que se ha imprimido a la política de lord Wellesley en estos últimos diez años ha producido el debilitamiento de los intereses británicos en el Indostán con que nos enfrentamos en la actualidad. –El coronel Grant hizo una pausa antes de proseguir, como si quisiera inculcar cierta idea en la mente de su interlocutor–. Es muy probable –continuó con tono solemne– que el Comité de Control releve en breve a lord Moira de su cargo e inste al duque a aceptarlo.

–¿Y lo aceptará? –preguntó Hervey, que no sabía hasta qué punto el nombramiento representaría un honor para un hombre que, indiscutiblemente, era en aquellos momentos el más grande soldado de Europa.

–Sí –contestó Grant con rotundidad y luego, con tono menos tajante, añadió que el duque deseaba asegurarse pri-

1. Pueblo escito-dravidiano de la zona sur central de la India. (*N. de la T.*)

mero de que se cumplieran ciertas condiciones—. En todo caso, estoy seguro de que todas podrán ser satisfechas; así pues, daremos por supuesto que el duque sustituirá a lord Moira con el nuevo año.

Hervey dudó entonces del destino que le aguardaba.

—¿Quiere el duque que forme parte de su estado mayor en la India, señor?

—Por supuesto que sí, Hervey, por supuesto que sí. De hecho, desea que se le adelante y parta hacia allí inmediatamente. ¿Qué me dice a eso?

¿Qué podía decir un oficial? ¡La India! ¡El lugar donde el joven Arthur Wellesley se había labrado su reputación! Suponía que de todas formas se habría cansado enseguida de París, pues los deberes de una guarnición eran siempre fastidiosos, aun luciendo los cordones de edecán. Barruntó que le darían un permiso al cabo de un mes, poco más o menos, para que regresara a Inglaterra y se casara con Henrietta, y que pasarían lo mejor del otoño juntos en la hermosa ciudad de París, antes de disfrutar de un placentero viaje en un cómodo mercante con destino a la India. Estaría muy lejos de su amado regimiento, pero...

—Estoy impaciente por partir, señor, pues jamás había sospechado que vería el Indostán. Supongo que el duque desea que disponga todo lo necesario para su llegada, ¿no es así?

—En cierto sentido —respondió Grant echando una nueva mirada a los papeles que tenía sobre la mesa—. Dígame, Hervey, ¿qué sabe de los poderes locales de la India?

—Que están enfrentados entre sí y a veces también con la Compañía de las Indias Orientales. No conozco ningún otro detalle.

–¿Ha oído hablar, por ejemplo, del reino de Hyderabad?

–Por supuesto, señor. Según tengo entendido, el *nizam*<sup>2</sup> prestó al duque un valioso servicio en la guerra contra los maratha.

–En efecto, Hervey, en efecto –dijo Grant asintiendo–. Es un fiel aliado.

Se produjo un nuevo silencio, durante el cual Hervey se preguntó si sus escasos conocimientos sobre el subcontinente volverían a ser puestos a prueba.

–La cuestión es –prosiguió por fin Grant, que parecía elegir con sumo cuidado sus palabras– que la situación actual en la India dista mucho de ser la misma que dejaron el duque y el marqués de Wellesley tras de sí hace diez años. La administración ha sido pésima. Cornwallis, el sucesor de lord Wellesley como gobernador general, murió pocos meses después de llegar a Calcuta. Le sucedió sir George Barlow, un auténtico cretino, y después ocupó el puesto lord Minto, que no estaba dispuesto a hacer nada que supusiera un coste adicional para los directores de la compañía. El conde de Moira, que lleva en Bengala casi dos años, parece cortado por el mismo patrón.

–De modo que el duque recela de lo que pueda encontrar a su llegada –dedujo Hervey.

–Desde luego. Además, está firmemente convencido de que la amistad del *nizam* es esencial para nuestros intereses, así como el estado de su ejército. Los informes de nuestros agentes discrepan sobre este último punto.

Nuestros agentes... Hervey no pudo por menos de admirarse de la amplitud de las influencias del duque.

–Precisamente en eso consistirán los deberes de su

2. Título dado a los soberanos de este reino de la India desde 1713 a 1950. (*N. de la T.*)

nuevo cargo, capitán Hervey. –Grant recalcó sus palabras, pero sin perder la ambigüedad.

La expresión de Hervey traslucía tanto entusiasmo como curiosidad.

–Hablando en plata, Hervey, quiero que vaya usted a Hyderabad y lleve a cabo una evaluación del estado de las fuerzas del *nizam*, en especial de la caballería y la artillería. Si además le es posible calibrar de algún modo cuál es el sentir del *nizam* con respecto a nosotros, sería un dato de inestimable valor para el duque.

Si bien Matthew Hervey había sufrido una decepción momentánea ante la displicencia del duque, ahora su amor propio se veía premiado con creces, pues se hablaba de una misión de vital importancia, el eje sobre el cual podría girar toda la estrategia política del duque en la India, y se la encomendaban a él, que era capitán desde hacía apenas unos días. ¡Por Dios que no eran pocas las recompensas de Waterloo! Notó que le ardían las mejillas y el corazón le latía deprisa. Incluso tuvo la sensación de que flotaba. Se imaginaba ya recorriendo el reino del *nizam* acompañado de Henrietta. Verían cosas con las que ni siquiera habían soñado, quizás incluso saldrían de caza con la caballería del *nizam* para capturar toda clase de bestias.

–Esta misión debe llevarse a cabo con gran reserva, capitán Hervey –añadió Grant devolviéndolo al presente–. Sería perjudicial que el *nizam* creyera que el duque envía un espía. Por lo tanto, viajará usted con algún pretexto.

Hervey asintió. No por ello la empresa sería menos apasionante.

–¿Se ha decidido ya cuál será ese pretexto, señor?

–Sí –respondió Grant con firmeza–. La caballería del *nizam* es famosa por su destreza en el manejo de las lanzas.

El duque ha tomado ya ciertas medidas para que se creen regimientos de lanceros en nuestro ejército, tras haber comprobado personalmente la gran efectividad que demostraron los franceses en Waterloo.

Hervey hizo una mueca al recordar su experiencia con tales armas. Se alegró de saber que por fin el ejército tomaría cartas en el asunto.

—Por consiguiente —continuó Grant—, usted en apariencia se dedicará al estudio del manejo de esas armas. Aquí tiene una carta de presentación para el *nizam*, en la que el duque le transmite sus respetos y demás, y aquí hay otra para las autoridades de Calcuta, en la que se solicita que dispongan todo lo necesario para que viaje usted a Hyderabad. Cuando llegue a Calcuta, deberá ponerse en contacto con un tal señor Josephus Bazzard, empleado de la Compañía de las Indias Orientales en Fort William, donde se encuentra la oficina central, como tal vez sepa. El señor Bazzard es nuestro agente allí y sólo él conoce esta misión. Le prestará toda la ayuda que pueda usted necesitar.

Una idea inquietante acudió a la mente de Hervey. El tono del coronel Grant al darle las instrucciones delataba cierta inminencia.

—¿Cuándo desea el duque que parta hacia la India, señor? —preguntó procurando disimular la preocupación.

—No será ahora mismo, capitán Hervey, sino mañana o pasado. En estos momentos la fragata que le ha traído hasta aquí habrá echado el ancla en El Havre, y tiene instrucciones de esperar a que usted embarque.

Hervey palideció visiblemente.

—¿Le supone esto algún inconveniente? —inquirió Grant con tono escéptico.

—Voy a casarme, señor.

–Comprendo. ¿Debo entender, pues, que desea rechazar esta misión?

–Si al menos dispusiera de quince días... incluso con diez me conformaría. Tal vez podría arreglarse de alguna forma...

–Me temo que es imposible, capitán Hervey. La misión lleva ya varias semanas de retraso. Hubo cierto malentendido en la Guardia Real cuando fue destinado al estado mayor del duque, ¿no es así?

Hervey habría preferido que no le recordaran aquel desgraciado incidente, y Grant parecía insinuar, además, que la culpa había sido suya. ¿Qué podía decir?

–Muy bien, entonces partirá mañana en la fragata –agregó Grant con un tono enérgico y a la vez desenfadado, eludiendo así el desagradable deber de dar una orden directa–. Una cosa más, capitán.

Hervey empezaba a pensar que siempre había una cosa más en los asuntos del estado mayor. ¡Qué sencilla era la vida de un regimiento en comparación!

–¿Señor?

El coronel Grant carraspeó y volvió a fijar la vista en sus papeles.

–Tengo entendido que conoce usted a un tal señor Selden, antiguo cirujano veterinario del Sexto de dragones. ¿Estoy en lo cierto?

Ningún otro nombre le habría causado mayor sorpresa.

–Sí –contestó Hervey con cautela.

–Selden tuvo que marcharse de Irlanda debido a... su mala salud –explicó Grant, mirando a Hervey para que corroborara la que en apariencia era la versión oficial de los hechos.

Hervey prefirió no confirmarla ni desmentirla. Se limitó a sostener la mirada de Grant con actitud expectan-

te.

–Y ha vuelto a la India, su primer destino en el ejército, según creo.

–Lo ignoraba, señor –repuso Hervey, ahora intrigado.

–Mmm –dijo Grant a modo de asentimiento–. Nuestros agentes nos han informado de que ha sido destinado a la corte del rajá de Chintal.

La omniscencia del coronel Grant parecía no tener límites. Una vez más, Hervey guardó silencio.

–Chintal es un estado de escasa importancia, situado al este y vecino de Hyderabad. Sería muy natural que usted se encontrara con el señor Selden en el transcurso de sus viajes, ¿no le parece? Chintalpore, donde está el palacio del rajá, se halla cerca del río Godavari, al sur de los territorios del *nizam*.

–¿Encontrarme con él con el propósito de averiguar cómo juzga la situación? –preguntó Hervey.

–Podría sernos de ayuda –confirmó Grant–, pero existe otra cuestión... algo delicada. –Volvió a mirar sus papeles y los ordenó–. Al final de la guerra de los maratha, al duque se le concedió la titularidad de ciertas *jagirs* (propiedades, si prefiere llamarlas así) que se encuentran en Chintal. La prudencia obliga a que esas *jagirs* sean... enajenadas.

Al principio Hervey no comprendió qué significaba aquello.

–¿Y yo debo mediar para conseguirlo?

–En efecto, capitán Hervey, pero el asunto es un poco más complejo. Verá, sería mejor que el duque no hubiera tenido jamás la titularidad de esas *jagirs*. Sería mejor que desapareciera todo rastro, escrituras y demás... para siempre.

Hervey comprendió perfectamente lo que le pedían, pero no el porqué.

El coronel bajó la vista y la voz.